



Pastor Servando Obligado

El primer alambrado

(1847)

Puesto en prensa el magín del gaucho más perspicaz, nunca hubiera llegado á comprender cómo un tenue hilo de alambre, casi invisible, resistiría la embestida del ganado bravo, á la vez que preservaría toda disparada y entrevero.

I

Pero al fin, ¿quién extendió el primer alambrado en nuestra campaña?

Tal discusión empezada en el rincón de los viejos, contaminado había á todos los estantes en la tertulia de lo de Guerrico.

Encontrábanse: don Silverio Ponce, estanciero de verdad, rural por los cuatro costados, frente á don Nicolás Anchorena, rico hacendado que en su vida puso los pies en ninguna

de sus estancias; Terrero, Fernández, Iraola, Atucha, Alzaga, Elía, Ramos, Chas, Peña y otros que seguían entrando y llenando la sala, por donde ha pasado todo lo notable de aquellos tiempos.

Las conversaciones se ramificaban en diálogos dispersos, hasta que fueron concretándose en el que vino á absorber los demás.

— No ha de pasar mucho sin que los alambrados se multipliquen, centuplicando las riquezas de los campos — repitió uno.

Al que cierto rural de antigua data, replicó:

— Sí, señor; para guardar cochinitos de la India será bueno ese tenue alambradito, pero tal proyecto es irrealizable. ¿Quién pone puertas al campo?

— Es un error — replicaban otros — seguir con los campos abiertos donde entran, cuerean, marcan, y contramarcan cuantos pasan, aunque les siga la Partida pisándoles los talones.

— Don Juan Manuel de Rozas — agregó Terrero — que entre sus muchos aciertos, no negados por sus enemigos más acérrimos, le reconocen haber sido el más práctico estanciero, empezó á cerrar con tapiales una estancia de cuatro leguas.

La propiedad rural viene valorizándose, y de seguir como antaño, no semillero de vacas, sino de pleitos, legaremos á nuestros hijos. Hoy nadie sabe lo que tiene. Basta un cuatrero en la vecindad para que señale y contramarque haciendas alzadas ó aquerenciadas, como acontece á Portugués en Tapalqué.

— Eso estará bueno allá por Prusia, donde las cabañas suelen ser no más grandes que poncho pampa. Pero á más de lo costoso de largos alambrados, ya tendrá que galoparse en vueltas y revueltas por el campo, para dar con la tranquera que dé paso. Una simple disparada de yeguas en noche de fuerte pampero, los echarán al suelo. ¿Cómo se va á evitar el paso de las tropas? El capataz no ha de respetar que le cierren el camino, usando como adminículo indispensable el cortaalambre colgado al tirador.

En lo más acalorado de la discusión arribó cierto sembrador de ideas, que si bien sólo cultivaba por entonces mimbres en Carapachay, fertilizó muchas inteligencias infantiles y también de grandulitos pradera de su predilección, agregando:

— Señores míos: mientras cada estanciero no cierre bien su propiedad, no sabrá cuántos de los animales que pastan dentro de ella son de su pertenencia — repetía el señor Sarmiento saludando á la reunión. — Viene usted en mi apoyo — agregó Halbach. — Hacendados rutineros me auguran ruina en los alambrados que implanto, asegurando que ni los postes van á dejar los troperos, arrancándoles para hacer fuego.

— Mi paisano don Domingo poco ha de ententer en vacas, que nunca las vio sino pintadas. ¡Hablando de vacunos, aquí estoy yo!

Y como la exclamación de este 2º don Juan también sanjuanino seguía á la de su tocayo, ex ministro de hacienda: «A los pueblos, como á los niños, preciso es limpiarles y asearlos, aunque sigan llorando, pues descontentadizos siempre hubo, encontrando todo mal y peor. Bien que si les cuelga patas arriba, no les cae un cuarto, y aunque les llenaran los bolsillos de oro, habían de seguir quejándose de que las monedas son pesadas!»

Interrumpiendo el contertuliano que entraba, contestó á los dos Juanes contrincantes:

— Puede ser, señor, pero muchos conozco que ya se les ponga patas arriba ó patas abajo, ó se les vuelva por todos lados, de ninguno les cae una idea. Nunca la tuvieron vacunos que en su egoísmo no ven horizonte más allá que el de sus vacas.

Y la acalorada discusión arreciaba entre rurales y estancieros de escritorio á la sazón que entraba otro Domingo, á quien el Gobernador había dado cita allí, para que le ayudara el conclave de patriotas á convencer al señor Olivera aceptase el Ministerio de Hacienda, vacante por renuncia de don Juan Bautista Peña, antecesor de don Norberto de la Riestra.

Prendida sobre el pucho nueva controversia, sobre si era el señor Halbach el primero ó el tercero en alambrear campos, he aquí lo recordado por el señor Domingo Olivera, ex Oficial Mayor en el Ministerio del señor Rivadavia.

Cual si fuera ayer revemos la tertulia en lo de Guerrico, salón de los cuadros, enfrente al zaguán cruzando el primer patio. ¡Cuántas buenas mejoras se iniciaron y se propusieron! Todos han muerto ya: ¡ninguno queda para catalogar tantas obras benéficas allí iniciadas!

Apenas don Pedro Agote, don Miguel Cuyar y uno que otro estanciero en cesantía. Los jóvenes de la casa, como jóvenes, no siempre pernoctaban alrededor de sus viejos. ¡Qué buenos eran nuestros viejos! ¡Qué no daríamos por volver á saludar aquel grupo de cabezas blancas cuya experiencia transmitía la expresión viva del pasado! Han transcurrido cincuenta años, pero las impresiones de la primera juventud quedan hondamente grabadas. Honrados, sinceros, bien intencionados, cada uno se apresuraba con todo desinterés á llevar su granito de arena á toda obra de progreso.

II

En 1844, viajando don Ricardo B. Newton, visitaba el parque del Condado de Fitzwilliams, con objeto de enseñar á sus hijos todo lo que puede hacer el hombre de

fortuna cuando la emplea en beneficio de sus conciudadanos y del país á que pertenece, según lo hace frecuentemente la nobleza en Inglaterra, siempre á la cabeza de toda mejora social. Llamóle allí la atención un corto tiro de cercado de alambre, cerrando potrero en que pacían ciervos. Inmediatamente comprendió la importancia de cercados semejantes en provincia como la de Buenos Aires, donde la madera es escasa y cuyos ganados pastorean sueltos y sin pastor.

— ¡Eureka! — exclamó alborozado el práctico inglés. — Ya lo encontré. He dado con lo que buscaba y resuelve el problema que tanto me preocupa, garantizando los escasos bosques contra destrucciones por haciendas errantes en nuestros campos.

Al día siguiente entró en la primera fábrica del camino, encargando el envío de una fuerte cantidad de alambre de hierro con sus postes y esquineros correspondientes del mismo metal. Todavía tropezó con alguna demora este primer ensayo. Al arribo del señor Newton á Buenos Aires, supo el naufragio del buque á su consignación. Sin amilanarse ante el fracaso, ordenó por el mismo Paquete, que cobrando el seguro de la mercancía, se empleara su importe en una segunda remesa.

Esta es simplemente la historia del origen del primer alambrado, empezándose por cercar un pequeño jardín, luego huerta, quinta, montes, la gran estancia. A los sesenta años de su introducción pocos establecimientos de importancia quedan sin alambrado.

Newton después de cercar la quinta de su estancia en Samborombón y montes en sus puestos, multiplicó otros muchos así protegidos; por todas partes estableció corrales de alambre en varillas de hierro, repitiendo grandes pedidos á las fábricas inglesas para muchos de sus amigos y circunvecinos. Debemos reconocer á este incansable *pionner* tan importante introducción, á más de otros adelantamientos que le debe la ganadería. Desde que fué posible cercar los campos de una manera rápida y barata, la propiedad llega á ser una verdad entre nosotros. La subdivisión de los terrenos resultó fácil y el cultivo de ellos seguro. Hasta no hace muchos años en su estancia Santa María se conservaban algunos de los postes de hierro que sirvieron para el primer ensayo de alambrado, reemplazados después por ñandubays. Cuántas veces, penetrando en el local de la Sociedad Rural Argentina en Palermo, nos acercamos á tocar el primogénito de ellos allí conservado, viejo Adán, que sostuvo el primer alambrado.

Indudablemente fué el señor Newton uno de los ingleses más útiles á esta su segunda patria, donde levantó su hogar y su fortuna, como su hijo del mismo nombre, el primer argentino que llevó hasta la Australia su planta incansable de investigador y de estudio, en el cruzamiento de razas aclimatadas aquí. Habilidadado de Gibson, Newton abrió tienda en Santa Fe, y sabiendo sacar utilidad de todo, estableció el comercio de pieles antes de volver al Tuyú, donde en 1834 compró cuatro leguas sobre el Samborombón (estancia Santa María). Allí introdujo la máquina de vapor para faenas rurales, la primera prensa

de enfardar, propagando plantación de montes con objeto de atraer lluvias, después de haber introducido la raza sajona, y sucesivamente ejemplares de Negrete, Lincoln, Rambouillet y Durham, entre otros vacunos. Ensayó también el pozo artesiano, cavando ciento ochenta varas más que en el abierto por Sourdeaux, en La Piedad.

Nació para hacer bien á la humanidad y á los suyos. Venido al mundo en Londres, feneció el año de la peste en Buenos Aires (1869) y de su unión con la señora María Vázquez, de esta ciudad, en 1830, formó honorable familia, en la que hijos, nietos y biznietos continúan honrando el nombre de uno de nuestros primeros agrónomos, cuyo retrato se ostenta debidamente en el salón de la Sociedad Rural.

Al par de él la ocasión sale al paso, y no debemos dejar en el tintero importadores descollantes de la importancia de Shéridam, Hanna, Fair, White, Latham, Harrart, Duggan, Clark, Campbell, Bell, cuyos experimentos pusieron luego en práctica, siguiendo selección, criollos tan dignos de aplauso como Pereyra, Vivot, Cobos, Olivera, Santamarina, Martínez de Hoz, Iraola, Alzaga, Ramos Mejia, Madero, Saavedra, Llobet, Casares, Acosta, Vilate, Alvear, Unzué, Villafañe, López, Ocampo, Luro, Anchorena, Elía, Ezcurra, Lozano, Güiraldez, Urquiza, Villanueva, Malbrán, Correas, etc. ya que no es posible recordar á todos, europeos y americanos, que introduciendo nuevas razas aleccionó su ejemplo el refinamiento de la ordinaria oveja criolla.

¡No sólo la gloria de la espada ó de la pluma merece recordación! Fué el señor Newton otro del numeroso batallón de olvidados, como los que hemos exhumado en tradiciones de nuestro glorioso pasado de ayer.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

